

MODELOS EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICOS EN EL DESARROLLO DE LA HISTORIA

Prof. Cristina E. Guerra

Introducción

Precisiones sobre el concepto de historiografía.

Siguiendo los planteos de J. Aróstegui (1995) se pueden establecer dos acepciones para la palabra *Historia*. Por un lado, designa la realidad de lo histórico, es decir, la realidad en la que el hombre está inserto. Por otro lado también se denomina *Historia* a la disciplina que la estudia, remitiéndose entonces al conocimiento y registro de las situaciones y los sucesos que señalan dicha inserción. Así la misma palabra designa objeto y ciencia, de allí el problema epistemológico que se genera por lo que se ensaya la denominación “investigación de la Historia”

A fin de establecer la diferencia se comienza a utilizar el término de historiografía para referirse a los estudios históricos. Toposlski la denominará como la “escritura de la Historia”¹. Para J. Fontana (2002), será la producción escrita acerca de temas históricos. Pierre Vilar (1982) considerará que la Historia es la actividad, el producto de la actividad de los historiadores y también, la disciplina intelectual y académica constituida por ellos.

Despejada así la confusión entre la historia vivida por los hombres y la Historia como producción escrita acerca de la vida de los hombres, utilizaremos esta última acepción para el presente trabajo. Es decir, la tarea del historiador implica una concepción de ciencia, una teoría explicativa y los modos de producción del conocimiento histórico.

La función de la Historia.

Un debate permanente en el campo de las Ciencias Sociales es la función que cumple el conocimiento del pasado.

“Cuando se interroga por la finalidad de la investigación histórica quedan planteadas cuestiones cuya conexión íntima no autoriza a confundirlas” (Pereyra, 1980:11). Así este autor se refiere a dos cuestiones inherentes al saber histórico. Por un lado *“Unos son los criterios conforme a los cuales el saber histórico prueba su legitimidad teórica y otros, de naturaleza diferente, son los rasgos en cuya virtud este saber desempeña cierta función y resulta útil más allá del plano cognoscitivo”*. (Ibid).

Es decir, la Historia cumple una función teórica o académica (explicar el pasado o *movimiento anterior de la sociedad*) y una función social, (*organizar el pasado para los requerimientos del presente*); ambas funciones son complementarias *“el saber intelectual recibe sus estímulos más profundos de la matriz social en permanente ebullición y, a la vez, los conocimientos producidos por la investigación histórica están en la base de las soluciones que se producen en cada coyuntura”* (Ibid: 28) porque *“el estudio del movimiento de la sociedad, más allá de la validez o legitimidad de los conocimientos que genera, acarrea consecuencias diversas para las confrontaciones y luchas del presente. No hay discurso histórico cuya eficacia sea*

¹ Citado en Arostegui (1995)

puramente cognoscitiva; todo discurso histórico interviene en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna” (Ibid: 13).

El uso ideológico político de la Historia ha sido un factor que ha estado presente en toda la vida social y política y esto, según Pereyra, proviene del uso que han hecho de la Historia las clases dominantes en las diversas sociedades. Por eso *“El papel de la Historia como ideología se eleva como obstáculo formidable para la realización del papel de la Historia como ciencia”.* (Ibid.: 23)

Respecto de la relación entre la función social de la Historia y la carga ideológica que conlleva la investigación histórica D. Campione (2002:6) sostiene que *“De todos modos, la discusión con las concepciones históricas dominantes no puede descansar en una «literatura de denuncia», que las ataque desde un punto de vista moralizador, acusándolas de falsedad y manipulación. Confundir la denuncia de lo existente con la construcción de alternativas, es un error funesto en cualquier campo, y en particular en el del saber histórico. Lo fundamental, por tanto, es la producción alternativa de conocimiento, la iluminación de los aspectos de la realidad que el pensamiento hegemónico posterga o distorsiona. Y sobre todo el desarrollo de un enfoque comprensivo sobre el proceso histórico que permita un entendimiento de la totalidad, que apunte no sólo a explicar sino a transformar (sin pensar este vínculo con la acción transformadora como inmediato y lineal), problematizar con una mirada y una concepción metodológica diferente, los aspectos que son tratados por los historiadores de algún modo aliados con el Estado y el poder social”.*

Historia de la Historiografía

La forma o el modo en que se escribe la historia marca una época teórica y metodológica. El objeto de estudio cambia y también lo hace la forma en que los historiadores realizan su tarea. Asimismo la función de la Historia varía en el tiempo. En este sentido entendemos que para su enseñanza se hace necesario comprender las formas de hacer Historia, sosteniendo la coherencia entre el modo de producción de cada corriente historiográfica y las formas de enseñar.

Los textos históricos más antiguos que se han hallado hasta ahora son las listas y las crónicas de los reyes. El más importante de los textos hallados es la llamada “Crónicas de la monarquía una” o también denominada “lista sumeria de los reyes”. Estos textos, guardados en los templos, justificaban el carácter divino de los gobernantes: en un primer momento los reyes habían bajado del cielo y después del diluvio fueron gobernados por una serie de soberanos sobrehumanos.

En la Mesopotamia también se hallaron textos históricos como las denominadas “Crónicas de Babilonia”, destinadas a registrar los sucesos astronómicos y meteorológicos, precios del mercado, el nivel de las aguas u otro tipo de datos interesantes. Al igual que en Babilonia estas crónicas eran escritas y preservadas por los sacerdotes. La escritura de la historia, en este caso, no era un relato sino una lista de acontecimientos cuya función era la legitimación del poder. Al respecto Fontana (2002: 20) señala que *“Los inicios de la historia escrita están ligados a la justificación del estado monárquico por el doble camino de señalar su origen sagrado e identificarlo con el pasado de la comunidad”.*

La historiografía griega es considerada en occidente como la que marca el surgimiento de la Historia. La expresión “con los griegos nace la Historia” surge a partir de un cambio en la

forma de escribir y en su función social. La diferencia está marcada porque ya no son las crónicas de acontecimientos o lista de sucesos los que se registran sino que surge una “investigación” histórica sobre los hechos presentes. La poesía épica, y Homero particularmente, influyeron en la manera de historiar. Por otra parte, los registros de los sucesos están contados por los protagonistas, de manera de darles un carácter de actualidad al relato. Se puede establecer que, con Heródoto y Tucídides, en el siglo V a. C. nace la historiografía griega.

Heródoto (485 – 424 a. C.) realiza una descripción del mundo en que vivía, del mundo conocido basado en sus experiencias personales, como, por ejemplo, su relato de las guerras entre los griegos y Persia. Su intención, según escribe en el prólogo de “Historia”, es evitar el olvido: *“esta es la exposición de los resultados de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que con el tiempo los actos humanos permanezcan en el olvido”*². Sus fuentes son los testimonios orales y sus recuerdos personales. Antes de la descripción de las batallas, realiza una descripción minuciosa del “mundo conocido por los griegos” a partir de sus propios viajes a Egipto, Fenicia y el Mar Negro y de conversaciones con los viajeros, de las cuales Fontana destaca el hecho de que Heródoto, al obtener descripciones contrapuestas, ofrece todas las versiones y “racionaliza a menudo los hechos maravillosos”.

Con Tucídides (460 – 400 a. C.) se puede decir que comienza una Historia más “política”. La función que cumple su relato es justificar la guerra, es decir, mostrar la superioridad de los griegos. En su “Historia de la guerra del Peloponeso”, da cuenta de los hechos sucedidos en su presente. Comienza su obra planteando el método que empleó y una reseña de la historia de Grecia hasta las guerras médicas. En los siguientes libros (del segundo al quinto) relata la guerra año por año.

Su método se basa en la descripción. Se destaca la búsqueda de exactitud en la descripción de los acontecimientos. Sus fuentes son los relatos orales de los protagonistas. Así dirá: *“en lo que respecta a los sucesos que tuvieron lugar en la guerra no me ha parecido oportuno escribirlos enterándome por cualquier, ni siquiera guiándome por mi opinión, sino que he relatado las cosas en las que estuve presente o sobre las cuales he interrogado a otros con toda la exactitud posible”* (Ibid. 29)

Polibio (208 –118.C) escribió sobre Roma y los romanos en lengua griega. Su obra principal, “Historia”, constaba de cuarenta libros. Su propósito era escribir una historia universal que explicara *«el cómo, el cuándo y por qué de la sujeción de todas las partes conocidas del mundo al dominio de los romanos»* (Ibid. 33)

Su método se basó en el estudio de documentos, para establecer la veracidad; la investigación personal en el lugar donde ocurrieron los hechos y el *“conocimiento directo de las prácticas políticas a fin de no realizar una simple narración de los acontecimientos sino establecer sus causas”*. (Ibid.)

En Roma los antecedentes de registros de los acontecimientos (siglo II a. C.) estaban en manos de los sacerdotes y se trataban de las denominadas «crónicas pontificias». Éstas, reunidas luego en los “*annales maximi*”, eran cronologías de nombramientos de cónsules, funcionarios, celebraciones y acontecimientos notables. El nacimiento de la historiografía romana puede situarse en el siglo I a. C. con Julio César, Salustio, Tito Livio y Tácito.

Historiografía medieval

² Citado en Fontana, J. 2002: 27

En la época medieval se destaca por innovadora la historiografía musulmana. Sin influencias greco-romanas, surge a partir de recoger los hechos y dichos de Mahoma, y se transforma progresivamente en un relato de hechos y explicaciones de los mismos, partiendo de los testimonios escritos y orales.

En Europa la tarea de escribir la historia quedó en manos de los monjes y no buscaba la explicación de los fenómenos y sus causas, sino la justificación por el designio divino. Así predominaba la “Historia de los santos”, donde la fantasía se mezclaba con la realidad en torno a un discurso religioso que apuntaba a la interpretación de las profecías y a servir de ejemplo de la vida cristiana. Esta época se caracterizó por la confección de las crónicas cristianas donde se enumeraban batallas, acciones de los herejes, y crónicas de los príncipes. Es el tiempo de la patrística, la cual se rige por el calendario cristiano (Pascua, Cuaresma, etc.)

En los siglos VI al IX se destaca la historiografía sobre los pueblos germanos, cuyos historiadores son denominados «los narradores de la Historia bárbara». También hay obras históricas en Francia e Inglaterra como “Historia de los francos” de Gregorio de Tours y “La destrucción de Bretaña” de Gildas ó la “Historia eclesiástica del pueblo de Inglaterra” cuyo autor es Beda. También se pueden citar otras obras como “Historia de los vándalos y de los suevos”, “Historia de los Lombardos”, “Historia de los reyes de Noruega” o “Vida de Carlomagno”.

Con el auge del feudalismo (siglos XII y XIII) surge en Europa la historiografía caballerescas. Esta no se escribe en los monasterios y está destinada a un público más amplio. El tema principal son las cruzadas y tiene como protagonistas a reyes y caballeros.

Esta etapa se caracteriza por mezclar ficción y verdad. La función de la Historia seguía siendo la legitimación del orden feudal.

El renacimiento

Durante el Renacimiento la innovación en la historiografía se dará en las ciudades-estados italianas. Si bien se continúan elaborando crónicas y relatos de carácter religioso, en el marco de la Reforma y la Contrarreforma, los textos históricos fueron perdiendo su carácter “mitológico” y adquirieron mayor rigor metodológico, sobre todo a cargo de dos órdenes religiosos: los jesuitas y los benedictinos. En general, la Historia se da la mano con el auge de la filología. Por eso el estilo literario es la inquietud de esta etapa.

La historiografía pasa de cumplir una función ejemplificadora, moralizante a tener una función política “*El renacimiento de los estudios literarios estuvo asociado a las necesidades derivadas de ascenso de la autonomía de las ciudades, que exigía que se formaran cancilleres, jueces y funcionarios, a la vez que buscaba fundamento histórico en los viejos modelos de la polis griega y la república romana*”. (Fontana: 2002:66)

La situación política de Florencia y Maquiavelo, en particular, será quien inicie esta función de la Historia. Contemporáneo de Maquiavelo, Francesco Guicciardini escribe “Historia de Italia”. En ella abarca toda Italia y el contexto europeo para tratar de explicar las acciones de los soberanos de otros países que invaden el suyo.

En Castilla (España) se produjo una eclosión de la *historiografía indiana*, producto de los relatos de aquellos que habían estado en las “nuevas indias” y que como cronistas habían registrado la conquista española en América. Podrían citarse escritos tales como “Cartas de Relación” de Hernán Cortés, “Décadas del Orbe Novo” de Pedro Márquez de Anglería y relatos de Bartolomé de las Casas y de Tomás de Mercado.

La Ilustración

Para Fontana (ibid: 83) *“La ilustración sería esencialmente el pensamiento crítico, desconfianza hacia el saber establecido y el consentimiento universal: la defensa de la razón contra la convicción, del saber transformador contra la tradición”*.

El siglo XVII ve la aparición de la “opinión pública”, se produce así *“una «industria de la información» que multiplicó las impresiones de cartas, folletos, gacetas y, en general, de textos breves y accesibles a un público extenso, que se ocupaban de la crítica política o reproducían todo tipo de noticias del momento”*. (Ibid. 84) Esto llevó a que en Francia y en Italia las cortes se abocaran a poner a su servicio historiadores para combatir las críticas. Fontana relata que Luis XIV tenía 19 historiadores, incluido Racine, a su servicio.

Se pueden citar en esta etapa a Secondat, Montesquieu, Voltaire, los hermanos Condillac, Diderot y Turgot, entre otros. En Francia durante la etapa de la Restauración la Historia cumplió el papel de asimilar la herencia de la revolución y dar las bases para la nueva sociedad burguesa.

También Inglaterra, en el contexto de la abolición de la monarquía absoluta y del paso a un sistema político representativo, dominado por la aristocracia agraria capitalista y una clase empresaria mercantil orientada al comercio con el exterior, la expansión colonial y la financiación de la guerra necesitaba una legitimación para el nuevo orden social que se había establecido. Influidos por el Contrato Social de Rousseau y el Leviathan de Hobbes, *“La nueva sociedad necesitaba un modelo explicativo que, por un lado, se expresara en términos del gobierno representativo nacido de la revolución de 1688, y que, por otro, asociase el interés con la conciencia e hiciera posible establecer la base de «confianza» - de «trust»- sin la cual era imposible el funcionamiento del mundo de los negocios”* (Ibid.93) Quien elaborará la fundamentación histórica de esta nueva sociedad será John Locke.

SIGLO XIX: surgimiento de la Historia científica

La Escuela Histórica Alemana es la que va a dar un salto cualitativo en materia historiográfica e influirá en generaciones posteriores de historiadores. En el marco del positivismo decimonónico surge en Alemania una corriente -que luego se denominó “Historicismo” – cuyo fundador fue Leopold von Ranke (1795 –1886). El mérito de Ranke está en haber establecido una metodología para el trabajo histórico y en haber sentado las bases de una «Historia científica» que surgiría y se desarrollaría en las universidades alemanas. Aróstegui planteará que el siglo XIX puede denominarse el “siglo de la Historia”, en el cual deja de considerarse a la Historia como una “crónica”, basada en los testimonios anteriores, para pasar a ser una “investigación histórica”. Algunos términos que permiten comprender las características de esta nueva escuela son: objetividad, método, profesionalismo.

Se hace necesario, en primer lugar, describir someramente el contexto en el cual surge esta Escuela. Alemania se encuentra, a principios del siglo XIX, abocada a la unificación política de ciudades, estados libres y feudos, para desde allí emprender el camino de la modernización. Ya desde fines del siglo XVIII los intelectuales procuraban establecer las bases de una cultura común en búsqueda de una identidad nacional, basada en la unidad de la lengua y en la recuperación de mitos y poesías provenientes de la cultura popular. En el ámbito histórico se trabajaba en la búsqueda de un pasado común a partir de la recuperación de las crónicas medievales. Asimismo, el fin de la invasión francesa a Alemania y la constitución de los Estados – Nación en el siglo XIX llevarán a recurrir a la Historia en su

función de legitimadora de la nueva conformación política. Es decir, historicismo y nacionalismo serán una conjunción que marcará la producción historiográfica.

Ranke, catedrático de la Universidad de Berlín, publica una frase en 1824 que recorrerá el mundo y que sentará las bases de su forma de hacer historia: *“Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar el mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tales elevadas misiones, sólo intenta mostrar lo que realmente fue”*. Este historiador planteará así su concepción de objetividad. Para él la investigación histórica consistía en la descripción de los hechos, de los acontecimientos despojados de intencionalidades. Noiriél (1997: 56) dirá que *“Ranke quiere demostrar que es la investigación empírica, el estudio de los hechos, la que posibilita el progreso del conocimiento y no las especulaciones metafísicas sobre el sentido de la historia”*. En este sentido, la Historia de Ranke tiene como objeto de estudio los acontecimientos políticos. *“Sus libros hablan siempre de los estados y de las relaciones que se establecen entre ellos por medio de la diplomacia y la guerra”*. (Fontana, 2002: 170)

Un aspecto a destacar de la metodología rankeana es el uso de las fuentes. Para esta escuela los documentos son los que validan la investigación histórica. Las fuentes son los documentos oficiales. Su método, denominado “heurístico”, consta de cuatro etapas. En primer lugar está la “etapa heurística” que recorre distintos momentos. En un primer momento se recoge bibliografía sobre la temática. En segundo lugar, se fija el problema o tema, también denominado momento “temático” El tercer momento es el “erudito” y consiste en la búsqueda de las fuentes”. Por último, se realiza el “diagnóstico” que consiste en una descripción a partir de las fuentes. La segunda etapa es la “crítica” donde se analizan las fuentes (ya seleccionadas a partir de determinar el tema), la tercera etapa es la de “síntesis”, donde se analizan los testimonios, se seleccionan, se organizan y se interpretan, por último, se llega a la etapa de “exposición”, la cual consiste en la publicación.

En síntesis, la Escuela Histórica Alemana va a centrarse en la investigación de los acontecimientos políticos, destacando los hechos y las acciones, sin intentar profundizar en el análisis de los mismos. La función legitimadora está vinculada con la constitución de los Estados - Nación, surgidos en el siglo XIX y, en Alemania particularmente, con la construcción de una identidad nacional.

Las fuentes, que son las que garantizan la verdad del relato histórico, son los documentos oficiales. Estas fuentes son seleccionadas, organizadas, y analizadas minuciosamente de acuerdo al método “heurístico”. Este método es el que garantiza la objetividad del historiador. Los historiadores son profesionales, es decir, la Historia se constituye en disciplina dentro de las universidades alemanas, y su estudio está a cargo de docentes universitarios. La redacción de estilo narrativo, es fundamentalmente descriptiva y episódica.

En Francia, a fines del siglo XIX también se dará un cambio en la forma de hacer historia. La Historia que se escribía básicamente para ser utilizada en la enseñanza, dará un salto desde la narrativa a la “objetividad” de los documentos de archivo, documentos oficiales que se guardaban en las nuevas instituciones creadas como archivos nacionales, bibliotecas, etc. La fuente, la pieza de archivo, era el garante de la legitimidad

Al igual que en Alemania el objeto de estudio eran los acontecimientos políticos, militares, diplomáticos y las biografías de los personajes ilustres³. Así Lavise escribe una “Historia de Francia” en 1894, que consistía en una obra de 27 volúmenes dedicada a destacar la historia

³ Nora, P. (1993: 48)

nacional. Esta Historia legitimaba a la “nación burguesa y liberal” surgida de la Revolución Francesa.

En Francia, ésta será la época de las “grandes historias nacionales”. En Alemania Ranke escribe “Historia de los pueblos románicos y germánicos de 1494 a 1514”. Droysen publica en 1886 su “Historia de la política prusiana”. Mommsen la “Historia romana” y Heinrich von Treitschke “Historia de Alemania en el siglo XIX”. En Inglaterra, Macaulay publica en 1849 “Historia de Inglaterra”, y Henry Buckle “Historia de la civilización en Inglaterra”. A fines del siglo XIX también en España la Academia de la Historia intenta publicar una “Historia general de España”.

Un nuevo paradigma historiográfico

Fontana señala que a partir de 1918 hay un agotamiento del modelo académico y sostiene que *“Desde comienzos del siglo XIX empezaba a resultar visible en el terreno de la Historia el agotamiento de los viejos métodos de la erudición académica profesionalizada del siglo XIX, con sus pretensiones de objetividad científica, que enmascaraban el hecho de que su función real era la de servir, por un lado, para la educación de las clases dominantes y, por otro, para la producción de una visión de la historia nacional que se pudiera difundir al conjunto de la población a través de la escuela”* (2002:181).

En el contexto de la Primera Guerra Mundial, de los cambios en las ciencias (con los avances de Einstein, Bohr y Heisenberg), de la Revolución Rusa y de la influencia del pensamiento de Marx, de los cambios operados en la sociología a partir de Durkheim y Weber y de la antropología (que se había desligado del evolucionismo y comenzaba a recibir los aportes de Radcliffe-Brown y Malinowski), la historiografía había quedado sellada en la descripción de la vida de los reyes y los dirigentes, olvidándose de los grandes movimientos sociales que ocurrían a principios del siglo XX.

En el período denominado “entre guerras” (1918 a 1939) la sociología había declinado en su función de explicar los problemas derivados de la primera gran guerra, y es entonces que la historiografía comienza a ser la que intenta comprender los movimientos sociales de la época. Alrededor de 1930 las Ciencias Sociales se organizan en torno a la Historia.

Es en esta etapa que se pone en entredicho el status epistemológico de la Historia. El debate entre ciencia natural y ciencia social cobra relevancia y la Historia es relegada del ámbito científico por algunos filósofos como Popper, para quien la incapacidad de predecir de la Historia no permite considerarla una ciencia, o los planteos de Gardiner y Hempel para los cuales el problema radica en la imposibilidad de establecer leyes históricas.

El debate entre explicación científica (propia de las ciencias naturales) y la descripción (atribuida particularmente a la Historia) llegará hasta los planteos de Dilthey quien opone las ciencias del espíritu (cuya función era la de aprehender el significado de la acción humana) al naturalismo. Se da paso así, al “comprensivismo” y luego a las disputas entre el positivismo y la hermenéutica, es decir entre la explicación basada en causa-efecto y la explicación interpretativa, que busca hallar las intenciones, los fines y los significados de las acciones humanas.

La Historia Económica y Social. La Escuela francesa de Annales.

En el marco de estas disputas por la “cientificidad de la Historia” y de los cambios sociales y políticos en Europa, surge en Francia una nueva corriente historiográfica, la Historia Económica y Social que influirá, de diversa manera, en otros países y escuelas⁴. Los historiadores Marc Bloch y Lucien Febvre encabezarán este enfoque historiográfico con la publicación, en 1929, de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*.

En oposición a la Historia política, que caracterizó a la historiografía precedente, la Historia Social rescata al hombre como su protagonista. Así como se oponían al reduccionismo político, también lo hicieron frente a la «Historia relato» de carácter descriptivo, postulando la «Historia problema», y frente a la cronología de los hechos, se propusieron estudiar los procesos.

Es decir, el historiador parte de una problemática, de un hecho inexplicable, de una situación particular, para desde allí arribar a una explicación que tenga en cuenta la mayor cantidad de aspectos a indagar. Febvre⁵ dirá que “*Plantear un problema es precisamente el comienzo y el fin de toda Historia. Sin problema no hay Historia*”

Así, el estudio de la historia se inscribe en el marco general de las Ciencias Sociales. Una de las características de esta escuela es la multidisciplinariedad⁶ y por ello recoge el aporte de la antropología, de la geografía humana de Vidal de la Blanche y de la sociología de Durkheim. Un punto relevante para esta corriente, que fue explicitado por Bloch en “Introducción a la Historia”, es el tema de las fuentes. A diferencia de la escuela Rankeana, los historiadores de *Annales* no restringieron su trabajo al uso de las fuentes oficiales. El trabajo con las fuentes es intensivo y escrupuloso y se basa en la interpretación de las mismas.

Respecto de la Escuela francesa de *Annales* los historiógrafos marcan tres etapas. A la primera (1929-1945) se la denomina *Historia Social* y es el período en que la revista –y la dirección de esta corriente- estuvo a cargo de Bloch y de Febvre⁷.

La segunda etapa (1945-1969) corresponde a la dirección de Fernand Braudel, y se la denominó *Historia Total*⁸. A partir de la muerte de Febvre -en 1956- Braudel asume la dirección de la revista y con ello también le imprimirá a esta corriente un desarrollo académico que trascenderá las fronteras francesas.

⁴ En Inglaterra ya había trabajos inspirados desde un enfoque social y no político, a partir de la fundación de la Economic History Society en 1926. El auge se dio luego de la Segunda Guerra Mundial con los aportes de los llamados historiadores marxistas británicos, que procuraron realizar una «Historia de la sociedad». En Francia ya los socialistas, especialmente Jean Jaures y François Simiand, enfocaban el estudio de la historia hacia los aspectos económicos y los relacionaban con los enfrentamientos de clase.

⁵ Citado en Wallerstein, H. (1993: 131, n 1)

⁶ J. Revel (1993), dirá que los historiadores de *Annales* habían reflexionado con profundidad sobre su disciplina y oficio. Se organizaron en torno a hacer salir a la Historia del aislamiento disciplinario y abrirla a interrogantes y métodos de las otras ciencias sociales.

⁷ M- Bloch se especializó en Historia Medieval y Febvre trabajó en la Historia de las Mentalidades. A la muerte de Bloch en 1944 (De origen judío y miembro de la Resistencia francesa es detenido, torturado y asesinado por los alemanes en Lyon) asume la conducción L. Febvre.

⁸ J. Revel (1993) dirá que dos generaciones de *Annales* (primera y segunda) tienen la perspectiva de una “Historia total o global”. Y esta Historia global es posible porque no hay encasillamiento de disciplinas sino que se integra al campo de las ciencias sociales.

“El historiador decidió no prohibirse nada de entrada: era geólogo, economista, demógrafo, antropólogo, lingüista, naturalista. Importaban en su investigación las nociones, las hipótesis, los elementos inéditos de comparación” (Revel, 1993:127)

En la Historia global el historiador renunció a la lógica y a la dinámica del relato, revocó la perspectiva evolucionista y las interpretaciones finalistas: en lo sucesivo el pasado no estaba más asegurado que el presente.

Esta etapa es la que más influencia ha tenido en los historiadores⁹. Se destaca junto a Braudel la obra de Ernest Labrousse, quien trabajará sobre los retornos cíclicos en un modelo socioeconómico. Para Fontana son estos dos autores los que le devolvieron el contenido de «Historia económica y social» a la escuela de Annales, dado que con la muerte de Bloch y la asunción de la dirección de la revista por parte de Febvre, se había perdido el carácter económico que había querido darle M. Bloch.

Fernand Braudel, autor de una obra emblemática titulada “El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II”, es quien ha sido “canonizado” en materia historiográfica. Los conceptos que marcarán su investigación histórica son los de *tiempo* y *espacio*. Respecto del tiempo, este autor marcará tres momentos históricos: la larga duración (o estructura), la coyuntura y el acontecimiento.

Este autor toma las estructuras que permanecen, como por ejemplo, la historia de la relación entre los hombres y la tierra que habitan. El espacio se inscribe así en la larga duración, en sus palabras “un tiempo casi inmóvil”. Braudel privilegia el estudio de sistemas por sobre los cambios. El cambio no como desarrollo, como evolución, sino como ruptura, identificando las diferencias entre dos sistemas sucesivos. Cambios o revoluciones tecnológicas, económicas o de las mentalidades. Pero la “realidad de los hombres” también tiene otros tiempos y es aquí donde se debe realizar un análisis de las coyunturas sociales, los ciclos económicos, las formas institucionales y culturales. Por último, el historiador debe ver lo acaecido en el “tiempo corto”, en el acontecimiento, aquello a lo que se habían dedicado los historiadores hasta ese momento y que se establecen como los hechos que pueden ser tanto una batalla como la muerte de un rey. Braudel es “relevado” de la dirección de la escuela de Annales en 1968, allí comienza una etapa que durará hasta los años 80 y que Fontana denomina “nouvelle histoire”.

La crisis de “la Historia” y la tercera “generación de Annales”.

Varios autores sostienen que a partir de 1970 se produjo una crisis en el campo de la investigación histórica. Algunos la sitúan en el movimiento denominado “Giro Cultural” (o Giro Lingüístico) y en la teoría “posmoderna”¹⁰. En él se abandonan los sueños de cambio de la modernidad en pos del relativismo cultural y el individualismo.

En Francia, surge la crítica hacia la orientación político- economicista de la Historia Social en su búsqueda de la “Historia total” de Braudel. Corriente, que como se planteó anteriormente,

⁹ Entre otros historiadores podemos citar a P. Vilar, Leroi-Gourhan, Lefebvre, Le Goff, Le Roy Ladurie, Chaunú, Duby.

¹⁰ Eagleton (1998) plantea cuáles son las nociones del pensamiento moderno con las que está en desacuerdo el pensamiento de la posmodernidad. En su prefacio va a detallar “*La posmodernidad desconfió de las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, de la idea de progreso universal o de emancipación, de las estructuras aisladas, de los grandes relatos o de los sistemas definitivos de explicación. Contra esas normas iluministas considera el mundo como contingente, inestable, indeterminado, un conjunto de culturas desunidas o de interpretaciones que engendra un grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, la historia y las normas, lo dado de las naturalezas y la coherencia de las identidades*” (Prefacio).

buscaba develar las estructuras sociales que explicaban los acontecimientos¹¹. Burke (1991:14) planteará que “*La nueva Historia por su parte ha acabado interesándose por casi cualquier actividad humana. [...] Aquello que antes se consideraba inmutable, se ve ahora como un construcción cultural sometida a variaciones en el tiempo y el espacio.*”

Esta nueva etapa ha sido denominada por Burguiere como “La fragmentación de la Historia”, Fontana (2002) la llamará “Migajas de la Historia” y para Burke (1991) surgirá “La nueva, nueva Historia”. Representantes de esta nueva generación son Burguiere, Revel, Le Roy Ladurie, Le Goff, Furet, Chaunú, Nora, Aries, Darton, Ginzburg, White, etc.

Aróstegui (1995) plantea que en los años 80 / 90 se produce el abandono de tres grandes paradigmas: Annales, el marxismo y el estructural-cuantitativismo. Para este autor la crisis no se ha resuelto, y se asiste a un estado de confusión metodológico y teórico. Sostiene que la crisis se produce debido a un “cansancio” por la Historia globalizadora y despersonalizada. Agrega que la Historia se acerca a las perspectivas de la antropología, la lingüística, la microsociología, la Historia de vida y de la vida cotidiana. Que se abandona la primacía de lo social para ir en busca de la manifestación de lo mental»

Según Burke (1991) estos nuevos historiadores abandonan la base económica en favor de la superestructura cultural.

Las críticas a esta nueva corriente se centran en la falta de precisión sobre el objeto de estudio. Así las mentalidades se plantean como el “imaginario colectivo” (Duby) o el “inconsciente colectivo” (Ariés), con un cierto grado de vaguedad y separadas de la existencia material de los hombres.

Corrientes históricas que se corresponden con esta nueva concepción son: la microhistoria, la historia cultural, la historia desde abajo, el narrativismo, la historias de las mujeres, del cuerpo, de la vida cotidiana, de la muerte, de la infancia, de la vida familiar, de la lectura, de ultramar, etc.

La Microhistoria, cuyo representante es C. Ginzburg¹² trabaja con una reducción de la escala de observación y un análisis intensivo del material documental. Toma como objeto de estudio casos particulares o locales para realizar un análisis microscópico que le permita luego generalizar.

En la perspectiva denominada “Historia Cultural” puede mencionarse a Robert Darnton¹³ o a Roger Chartier¹⁴. Esta corriente se relaciona con la antropología de Clifford Geertz y está influida por la lingüística, en particular por el análisis del discurso. Al igual que la microhistoria, se reduce la escala de análisis a algún hecho o fuente y desde allí se propone una descripción densa de los aspectos culturales. Concede importancia al mundo de las representaciones, al simbolismo cultural o la representación mental simbólica de los objetos culturales. Darnton se define como un historiador etnográfico. Con respecto a la elección del

¹¹ Para Eagleton (1998: 84) “*La Historia de la posmodernidad, por contraste, tiende a ser vivida como unidimensional, exprimiendo ese estratificado concepto del tiempo en función del corto plazo, del contexto contemporáneo de la coyuntura inmediata.*”

¹² La obra más reconocida de C. Ginzburg es “El queso y los gusanos”. Bs. As. (1993)

¹³ Ensayos de este autor son: “La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Sèverin” y “Un burgués pone en orden su mundo: la ciudad como texto”

¹⁴ Este historiador se aboca a la Historia de la lectura, autor de, por ejemplo, “Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica” Madrid, 1998; “El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación” Barcelona, 1995; “El orden de los libros” Barcelona, 1994.

tema a investigar y al uso de las fuentes dice “*Cuando no podemos comprender un proverbio, un chiste, un rito o un poema, estamos detrás de la pista de algo importante. Al examinar un documento en sus partes más oscuras, podemos descubrir un extraño sistema de significados. Esta pista nos puede conducir a una visión del mundo extraña y maravillosa*” (Darnton, 1998:13)

Una corriente fuertemente influenciada por el Giro Lingüístico y el posmodernismo es el Narrativismo. Su representante es Hayden White. Este autor postula la vuelta a la narrativa, en el sentido de que la Historia es un “discurso”. Su controversial planteo de que la ficción y la Historia tienen la misma estructura ha llevado a la tarea del historiador a un relativismo total. Es decir, plantear a la «Historia como narración» implica poner en un mismo nivel al texto literario con el texto histórico. Igualar la *story* con la *History*, es decir que el historiador opta entre la verosimilitud y el contenido de verdad¹⁵. Y, por lo tanto, pone en entredicho el carácter científico de la investigación histórica. En este sentido White nos dice que “*A diferencia del novelista, el historiador se enfrenta con un verdadero caos de sucesos ya constituidos, en el cual debe escoger los elementos del relato que narra. Hace su relato incluyendo algunos hechos y excluyendo otros, subrayando algunos y subordinando otros. Ese proceso de exclusión, acentuación y subordinación se realiza con el fin de construir un relato de un tipo particular. Es decir el historiador «trama» su relato*” (White, 1992:n 17).

Por consiguiente, en tanto el “historiador” organiza los hechos históricos en función del tipo de trama que quiera darle a su relato, no hay objetividad en la historiografía. Así como tampoco hay una “verdad histórica” que pueda ser recuperada a través de su indagación. Es decir, White sostiene que los hechos históricos han ocurrido, pero de su postura se deduce que es imposible que el historiador los recupere “tal cual como sucedieron”, y por lo tanto no son susceptibles de análisis ni de explicación.

La denominada “Historia desde Abajo”¹⁶ - que será mencionada al tratar los historiadores marxistas ingleses- estudia las acciones y modos de pensar de la “gente común” en oposición a la Historia que toma para el análisis de una época solamente los aspectos político-económicos, desde una mirada de los que detentan la hegemonía cultural. Uno de sus representantes es E. Thompson, quien se propone “... *reconstruir una cultura popular establecida por la costumbre, alimentada por experiencias muy distintas de las de la cultura educada, transmitida por tradiciones orales, reproducida por ejemplos, expresada en símbolos y ritos, y muy distante de la cultura de los que tiene el dominio de Inglaterra*”. ((Thompson, 1984: 40). Ya que para Thompson “*Todo lo que nos ha sido transmitido mediante la cultura educada tiene que ser sometido a un minucioso escrutinio*” (Thompson, 1984: 49)

Economía e Historia

En los 1950-1970 cobra auge la denominada Historia cuantitativa o Historia económica. Partiendo de la conjunción de la teoría económica y la historia esta corriente historiográfica apuntó a establecer las causas del desarrollo económico. “*Lo que resultaba esencial era establecer «la fórmula del desarrollo» y ésta era una tarea a la cual podían ayudar los historiadores averiguando la forma en que se había producido en aquellos países que habían conseguido crecer*” (Fontana 2002: 214). En este sentido, uno de los primeros trabajos fue el de Walt Rostow, “Las etapas del crecimiento económico”.

¹⁵ Verosimilitud alude a la credibilidad de las afirmaciones, mientras que el contenido de verdad se refiere a la correspondencia entre el acontecimiento y el relato.

¹⁶ Cabe aclarar que esta corriente no está imbuida de los principios de la posmodernidad, los cuales han acarreado tantas críticas a otros historiadores de la “nueva, nueva Historia”

A partir de estos primeros estudios surge en EE.UU., la New Economic history o econometría retrospectiva (que más adelante se denominaría como cliometría). Aunando la teoría económica, la inferencia estadística y la Historia económica señalaban que el historiador busca los nexos causales apelando a las reglas científicas de otras disciplinas. Partiendo de hipótesis contrafactuales, construyen modelos formalizados matemáticamente para explicar el proceso analizado.

Como ejemplo se puede citar el trabajo de Robert Fogel quien en su obra “Los ferrocarriles y el crecimiento económico norteamericano”, partió de la hipótesis de que el ferrocarril había sido fundamental para la economía estadounidense, para esto utilizó una prueba contrafactual construyendo un modelo hipotético de lo que habría sido la economía norteamericana a finales del siglo XIX si no se hubiesen construido los ferrocarriles. Calculó la diferencia entre los costos de transporte de mercaderías en ferrocarril y en otros medios alternativos, determinando así el “ahorro social” debido al uso de este transporte. Fontana (2002) plantea que para este estudio tan complejo Fogel debió “*Establecer hipotéticamente los canales que deberían haberse construido de no haber existido el ferrocarril, calcular las pérdidas por las tierras que no se habrían cultivado en estas circunstancias, sumar los costos adicionales de almacenaje necesarios, ya que muchos canales se hielan en invierno, etc.*”. Esta corriente fue y es muy criticada, sin embargo, tuvo una fuerte repercusión dado lo provocativo de su metodología.

Otra corriente que se basó en la unión de teoría económica e historia es la denominada Historia Serial, la cual se corresponde con la 2º y 3º generación de Annales. Basada en estudios de la coyuntura económica, a través del estudio de series estadísticas, apuntaba a captar los ciclos de corta y larga duración de la vida económica y sus efectos sociales. Por ejemplo, se analizaban los precios y la influencia que esto tuvo para la vida de los hombres. Como método, utilizaron como unidades de análisis las curvas y ciclos económicos.

Actualmente los estudios sobre Historia Económica retoman los datos estrictamente económicos para relacionarlos con el contexto político y cultural lo cual permite analizar y comprender la realidad. Un caso puede ser el de la denominada “Historia empresarial”

Los historiadores marxistas británicos

Este grupo de historiadores que constituirán una de las grandes corrientes historiográficas de occidente surge luego de la Segunda Guerra Mundial. Estaba relacionado con el Partido Comunista británico, y entre sus representantes podemos citar a Eric Hobsbawm, Rodney Hilton, Christopher Hill, Victor Gollancz, George Rudé, Edward Thompson y Raphael Samuel. También formaron parte el economista Maurice Dobb y el arqueólogo Gordon Childe. Diferenciado en algunos aspectos con este primer grupo se puede citar a Perry Anderson y Samuel Benjamin.

Entre las publicaciones en las cuales colaboraron se encuentran: “Marxism today”, “Our history”, “History Workshop” y la reconocida mundialmente “Past and Present”, que comenzó a editarse en 1952.

Las temáticas que abordaron fueron, principalmente, la transición del feudalismo al capitalismo y las consecuencias de la revolución industrial en Inglaterra. Las discusiones sobre esta temática llevaban implicaciones metodológicas importantes. Como ejemplo se puede citar los trabajos de Dobb respecto de los orígenes históricos del capitalismo, en los cuales abandona el análisis habitual que se basaba en la esfera de la circulación para abordar la temática desde las relaciones de producción y la lucha de clases, donde el “motor inicial de

la transición era la pugna de los campesinos contra la explotación feudal”¹⁷. Otro ejemplo es la controversia establecida por Hobsbawn al plantear el tema de la «crisis general del siglo XVII».

Desde lo teórico, no los guiaba un economicismo marxista ortodoxo, sino que entre sus preocupaciones se encontraban los elementos culturales. Para Fontana, esta mirada puesta en lo cultural proviene de la crisis política –en 1956- producto de la intervención soviética en Hungría, la cual provocó el alejamiento de muchos miembros del Partido Comunista, pero sin “desertar del campo de las políticas progresistas”.

Los trabajos giraron en torno a la vida y el trabajo de los obreros, como ejemplos se pueden citar las obras de Hill, quien estudió la revolución inglesa del siglo XVII y su contexto intelectual, las obras de G. Rudé y E. Thompson¹⁸ quienes comienzan con los estudios denominados “historias desde abajo”, o las obras de Hobsbawn quien realiza una serie de grandes estudios de Historia social como “Rebeldes primitivos”, “Bandidos” o los dedicados a la historia del movimiento obrero como “Trabajadores” y “El mundo del trabajo”.

¹⁷ Ibid. Ant. Pág. 247

¹⁸ Thompson es autor de un famoso libro cuya primera edición es de 1963 cuyo título es “La formación de la clase obrera en Inglaterra”. Hobsbawn escribió sobre él “Tenía la capacidad de producir algo que era cualitativamente distinto de lo que escribíamos los demás y que es imposible medir en la misma escala. Llamémosle simplemente genio”. (Citado en Fontana Op. Cit. Pág. 251).

HISTORIOGRAFIA EN ARGENTINA

Algunas aclaraciones iniciales

Este trabajo sigue los planteos de Daniel Campione (2002) respecto de la historiografía argentina. Desde aquí se pueden situar cuatro períodos que, sin negar las diferencias internas, del grupo de historiadores adscriptos a cada corriente, contienen una perspectiva común respecto a la “forma de hacer historia”.

Podemos identificar una primera corriente historiográfica, que toma auge en el período de consolidación del Estado nacional (fines del siglo XIX) a la que se denomina “Historia Oficial”. Una segunda etapa puede situarse a principios del siglo XX donde se desarrolla la llamada “Nueva Escuela Histórica”. El siguiente período, tendrá como protagonista al “Revisionismo histórico”, el cual surge en la década de 1920 y que si bien no llega a convertirse en una perspectiva con una fuerte influencia en los centros académicos y en los planes de estudios, sí tiene un fuerte peso en su denuncia de la función política de la “Historia oficial”. Por último, a mediados de la década del 50 comienza una incipiente corriente historiográfica que será hegemónica hasta hoy, y es la denominada “Historia Social” o “Nueva Historia”.

Se hace necesario aclarar que una etapa no substituye a la otra en la forma de hacer historia, sino que conviven y es una de ellas la que se convierte en hegemónica en determinados períodos históricos.

La Historia Oficial

Al grupo de historiadores que compusieron esta corriente puede denominárselos fundadores de la “historiografía nacional”.

El surgimiento de la misma es producto de los cambios operados en el país a fines del siglo XIX. En el marco de la consolidación del Estado Nacional (década del `80) surge la necesidad de encontrar elementos comunes que permitan una homogeneización de la cultura nacional y la legitimación del poder de la oligarquía.

La historiografía argentina, entonces, se abocó a resaltar a los “héroes nacionales”, a través de las biografías que se presentaban como vidas ejemplares, configurando así un “panteón nacional” compuesto por los “próceres de la patria”. Este “culto a los héroes” se “...estableció y reprodujo a través de los programas escolares, los nombres de las ciudades y calles, los monumentos y encontraba en la historiografía oficial las bases del culto” (Campione, 2002:18). Así, la configuración de una “galería de próceres” procuró instaurar una “tradición nacional” de “tono europeo” con el fin de lograr un sentido de “nacionalidad”. Se basaba en la defensa de un “criollismo”¹⁹ que valorizaba a las clases dominantes por su pertenencia a un “viejo tronco europeo” –adaptado al medio rioplatense-. Así, la creación de una “identidad nacional”, de un sentido de “nacionalidad” se justificaba históricamente²⁰ y se transmitía a través de la educación y de la difusión oficial.

¹⁹ Criollismo que se consideraba superior tanto respecto de los indígenas como de la reciente inmigración europea.

²⁰ Los hitos de la fundación del Estado y la nacionalidad fueron la Revolución de Mayo, las guerras de la independencia, la lucha contra la tiranía de Rosas, la batalla de Caseros y la gesta de civilización de Mitre y Sarmiento.

En la primera década del siglo XX, a la par de la incorporación de la Historia “oficial” a los planes de estudio, se suman las resoluciones del Consejo Nacional de Educación que instituyen a la Semana de Mayo como fiesta escolar, con reglamentaciones para su festejo²¹; se establece el saludo diario a la Bandera y la Jura de la Bandera a los niños que asisten por primera vez a la escuela.

Como representantes de esta corriente historiográfica se destacan Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Al primero suele calificársele de “fundador de la Historia científica en Argentina”. Contemporáneo de Ranke, no puede dejar de estar influido por los movimientos europeos de renovación en la disciplina histórica. Su obra se caracteriza por la pretensión de rigurosidad a través de la prueba documental.

Es una época en que la historiografía no está en manos de historiadores profesionales sino de políticos e intelectuales. “*Mitre fue general, fundador del diario La Nación, gobernador de la provincia de Buenos Aires, presidente de la Nación, fundador de la Unión Cívica, poeta, traductor de la Divina Comedia, estudioso de las lenguas y culturas indígenas y, con intervalos determinados por el curso de su vida pública, historiador*”. Por su parte Vicente Fidel López, “*...fue ministro provincial y nacional, también fundador de la Unión Cívica, dramaturgo y novelista, e historiador*”. (Ibíd. 23).

A diferencia de Mitre, López no se atenía a la rigurosidad documental para validar sus producciones. Recogía testimonios orales y tradiciones y se le acusa de “inventar” algunos hechos históricos como, por ejemplo, las escenas del cabildo abierto del 22 de mayo, que por generaciones se transmitirían en la escuela. López, tuvo gran influencia en los textos escolares²²: “*La Historia escolar, con su profusión de escenas «de color» en la recordación de las fechas patrias y de las figuras próceres, con bastante despreocupación por los hechos comprobables, y una fuerte propensión a la anécdota y al tono moralizador debe más a López que a Mitre*”. (Ibíd. 25)

Hay que añadir que a la par de la importancia que cobra la historiografía y su función legitimadora, con la federalización de Buenos Aires, en 1884, se nacionalizan instituciones que pertenecían a la provincia de Buenos Aires y que buscaban preservar y desarrollar el patrimonio histórico, así se constituyen la Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación. Posteriormente, en 1891, surge la Junta de Historia y Numismática Americana la cual, bajo la dirección de B. Mitre, agrupará a historiadores no profesionales. Con el nuevo siglo estas instituciones cobrarán importancia en el marco de una mayor profesionalización de la Historia.

La nueva escuela histórica

A partir de 1900, surge una nueva corriente historiográfica que tendrá una marcada diferencia con la etapa anterior. A esta escuela se la puede caracterizar por dos aspectos: el rigor histórico y la profesionalización. Con respecto a esta última, surgirá una camada de

²¹ En un documento emitido por la Inspección General del Consejo Nacional de Educación respecto de la reglamentación de los festejos de la Semana de Mayo, encontramos un párrafo en cual se justifican dichos festejos: “*País de inmigración, la República Argentina necesita cimentar su grandeza, más que en las montañas de cereales y en los millones de cabezas de ganado [...] en la difusión amplia de un fuerte y equilibrado patriotismo...*” (Campione, 2002:19)

²² Por décadas se utilizó para la enseñanza media los textos de López “Compendio de Historia Argentina” (adaptado a la enseñanza de los colegios nacionales) y “Manual de la Historia argentina. Dedicado a los profesores y maestros que la enseñan”.

historiadores que a diferencia de los representantes de la “Historia Oficial” proviene de las capas medias y que “tiende a vivir de su profesión” ya sea en la docencia, la investigación y en los cargos públicos.

Son representantes de esta corriente: Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari, Enrique Ruiz Guiñazú, José Torre Revello, Luis María Torre, Rómulo Carbia, Enrique Barba, Enrique de Gandía, Jaun Alvarez, Ricardo Rojas, Mariano de Vedia, etc.

Esta escuela surge a partir de dos instituciones: el Instituto de Investigaciones Históricas²³ de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Junta de Historia y Numismática Americana –creada por Mitre- la cual en 1938 se transforma en la Academia Nacional de la Historia²⁴.

Si bien todavía no hay profesores formados especialmente en la disciplina histórica sino que provienen, mayoritariamente, del campo de la abogacía, el carácter de profesional responde a que se dedicarán a tiempo completo tanto a la docencia como a la investigación en el campo histórico.

Los representantes de esta escuela histórica ocuparon ámbitos institucionales con apoyo estatal, por ejemplo el Estado financió un viaje a España para estudiar los Archivos de Indias.

Respecto del segundo aspecto que caracteriza a esta escuela: el rigor histórico, se puede señalar que en el marco de la creciente científicidad de la Historia, dada por la Escuela Alemana y la Academia Francesa, los historiadores argentinos buscan el rigor heurístico. Es decir, cobran relevancia las fuentes documentales, tanto en la búsqueda de nuevas fuentes como el trabajo de investigación en archivos. Es decir, que el método de trabajo consistía en la “ubicación, copia, estudio y publicación de documentos”. Cabe aclarar que estas fuentes siempre provienen de los documentos oficiales

Al igual que la tradición marcada por Mitre, los documentos son los que da legitimidad al estudio histórico. Ligado a esta legitimidad estaba la convicción de la “objetividad del historiador”, ya que el pasado se traía a través de las fuentes y no de la interpretación del investigador. Debemos considerar que para esta corriente no se tenía en cuenta el carácter ideológico en la selección de los hechos históricos ni el cuestionamiento, por sesgadas, de las fuentes oficiales. Sus objetivos son reconstruir la historia argentina y americana en base a pesquisas documentales y bibliográficas, con el uso de métodos estrictos, seriando los hechos. A diferencia de la escuela anterior no hay preocupación por el estilo literario de la obra histórica sino que la intención era realizar una “descripción” de los acontecimientos, “reconstruir los hechos tal cual fueron”.

Esta escuela se dedica a la Historia política, centrada en las instituciones y el Estado²⁵. El objeto de estudio es el acontecimiento. El afán es construir una narración en torno a “grandes hechos”. Además *“Era una visión de la historia mirada «desde arriba» propensa al culto a los «grandes hombres» y «minorías ilustradas» y a prestar poca atención a las «masas anónimas»[...] La profesión del historiador se convertía sí en un deber cívico, y la exaltación de los valores patrióticos y las raíces de la identidad nacional, en una virtual obligación de un modelo de historiador que era (y se asumía como) funcionario de la ideología”*(Ibíd.44)

²³ Fundado a principios del siglo XX, originariamente surge con el nombre de Sección de Historia y estaba a cargo de Luis María Torre. En 1920, bajo la dirección de E. Ravignani pasa a denominarse Instituto de Investigaciones Históricas.

²⁴ Su mayor representante es Ricardo Levene.

²⁵ Se puede citar al respecto: Historia del Derecho Argentino, Historia de la Nación Argentina y Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno de R. Levene; Asambleas Constituyentes Argentinas e Historia Constitucional Argentina de E. Ravignani,

Campione cita un pasaje de “La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad” de Ricardo Levene donde queda en claro, por ser éste el más claro representante de esta escuela, el carácter ideológico de la historiografía de la Nueva Escuela Histórica. *“La Historia patria es fuente perenne de inspiración y formación del alma nacional que tiene fisonomía propia y ha realizado las obras originales de la argentinidad. La tradición viene a nosotros, caudalosa corriente central de la Historia, en instituciones, ideas, religión, creencias, preceptos estampados en la Constitución (...) que los pueblos fuertes como el nuestro, atesoran con el mismo patriotismo con que se conserva y se defiende el patrimonio territorial”*(Ibíd. 45).

Después de esta cita es interesante remarcar el carácter de “objetiva y apolítica” con que definían los representantes de esta escuela su forma de hacer Historia. Interesa enunciar dos aspectos ligados con los planteos anteriores, por un lado el acento en la función legitimadora de la Historia a partir de la revolución de 1930 y el ascenso de A. P. Justo al poder, donde la Junta de Historia y Numismática quedó más relacionada con el Estado y tuvo una producción ligada a la exaltación patriótica. Por el otro, la ausencia de todo tono crítico. En “recompensa”, por un decreto de Agustín P. Justo, que transforma en la Academia Nacional de la Historia a la Junta de Historia y Numismática y con ello la constituye en “*el tribunal de la verdad histórica y la gestora de la Historia oficial*”²⁶.

Por su parte, los historiadores enrolados en el Instituto de Investigaciones Históricas -en oposición a la Academia Nacional- proclamaban su carácter de profesionalidad, su menor relación con los poderes públicos y su albedrío por investigar temas polémicos como los orígenes del federalismo o a caudillos como Juan Manuel de Rosas.

En segundo lugar, a fin de “fijar definitivamente una Historia oficial”, el régimen conservador, crea una serie de instituciones estatales o con protección estatal tales como el Archivo Gráfico Nacional, La Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y el Instituto Nacional Sanmartiniano.

Respecto a los libros o manuales escolares, Campione (2002: 51) señala una gran distancia entre “*las elaboraciones eruditas y los textos destinados a la divulgación o a la enseñanza directamente orientados a la implantación de una visión apologética de las clases dirigentes*”. Así encontramos que E. Ravignani y otros representantes del Instituto de Investigaciones Históricas escribieron textos para la escuela secundaria. Por otra parte R. Levene también produjo manuales de Historia nacional como “Lecciones de Historia Argentina”.

En los manuales escolares y en las obras de divulgación predominaba la versión oficial-estatal del pasado argentino. Así “*La historiografía liberal constituyó, sobre todo en su versión apta para la enseñanza, la divulgación o actos oficiales, una historia centrada en la narración, y en la valoración de los protagonistas, a los que divide entre réprobos y elegidos. [...] Entre próceres sólo se reconocían malentendidos y distanciamientos temporarios, pero siempre aparecían reconciliados a la larga por el fondo de patriotismo, desinterés personal y nobleza de espíritu que impulsaba las acciones de todos ellos. Así, por sobre las individualidades se dibujaba un sujeto colectivo, una elite que guiaba el país, con el bien público y el «engrandecimiento nacional» como objetivo fundamental*”. (Ibíd. 52)

El revisionismo histórico

²⁶ Girbal-Blacha, N. Citada por D. Campione (2002: nota final)

Esta corriente historiográfica que comienza a fines de la década del `20 y de la cual aun podemos encontrar algún representante en la actualidad (como Norberto Galazzo), ha tenido a lo largo del tiempo diferentes corrientes internas. Surge como un movimiento antiliberal y nacionalista- católico, luego, por 1940 recibe la influencia de la FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) con sus planteos respecto de un progreso social y económico nacional, de carácter antiimperialista. Ya en la década del 50 encontramos una corriente ligada al nacionalismo popular, centrado en las masas y el obrero. En los `70 esta corriente toma como objetivo, según Campione, la transformación revolucionaria.

Así planteadas someramente, y dado que a simple vista parecen orientarse a objetivos disímiles cabe plantear que lo que las une, fundamentalmente, es su oposición a la “Historia oficial”, la reivindicación del federalismo y, con ello, la exaltación de los caudillos, así como también un fuerte sentido nacionalista y antiimperialista. Son representantes de esta corriente: Manuel Gálvez, Ernesto Palacio, Rodolfo y Julio Irazusta, Arturo Jauretche, José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz, Fermín Chávez, Eduardo Luis Duhalde, Rodolfo Ortega Peña y Jorge Abelardo Ramos, entre otros.

Siempre en oposición a la historia legitimada por el poder político, careció de influencia en los ámbitos académicos pero tuvo una amplia repercusión en los medios de divulgación. A su vez nunca llegó a constituirse en “Historia oficial”, a pesar de haber cobrado relevancia durante ciertos períodos, por ejemplo durante el peronismo. Por ende los planteos de esta corriente nunca se incorporaron a los planes de estudios.

Para Campione *“Fueron los síntomas de la crisis del modelo de integración al mercado mundial, con el reemplazo del crecimiento económico sostenido por el estancamiento y la recesión; y el período de convulsiones abierto por la guerra de 1914, la revolución rusa, el fascismo y la crisis del 1929, los que abrieron la puerta para que comenzaran a aparecer voces contestatarias, con variadas orientaciones e intencionalidades”* (Ibíd. 67). Es decir, el ideal del modelo oligárquico había entrado en crisis. El proyecto de crecimiento con un modelo de país, regido por los conservadores, había mostrado su fracaso. Con el ascenso de las capas medias, durante el gobierno de Yrigoyen y la inmigración masiva llegada al país desde fines del siglo XIX, se había modificado la composición social y con ello el modelo cultural dominante había perdido su fuerza hegemónica. Las influencias del liberalismo inglés y el iluminismo francés también coadyuvaron para que ciertos sectores mostraran su disconformidad.

Además de nacionalista y antiliberal, el revisionismo histórico, era fuertemente «antisocialista» dado que buscaba *“lo opuesto a la revolución social: la restauración de las tradiciones y valores abandonados, en nombre de un espiritualismo que impugnaba de plano el materialismo marxista, asociado en ese sentido con el «mercantilismo» del capital foráneo y las elites antinacionales”* (Ibíd.69). Asimismo criticaban al sistema parlamentarista de gobierno en defensa de un orden jerárquico propio del nacionalismo conservador.

El primer grupo de revisionistas surge en este contexto a mediados de la década del `20. Quienes tomarán con fuerza la impugnación a la Historia oficial de la oligarquía serán Ernesto Palacio y Julio y Rodolfo Irazusta. El primero lo hará en su libro “La Historia Falsificada” donde rastrea “desde el fondo del pasado nacional” al enemigo de la nación y donde afirmará el pasado nacional y católico del país. Por su parte, los hermanos Irazusta escribieron “La Argentina y el imperialismo británico”, donde critican la “acción del capital británico” y “al

liberalismo económico y político de los próceres oficiales”; su historiografía gira en torno a la defensa del federalismo frente al centralismo porteño y, fuertemente en la reivindicación de la actuación de Juan Manuel de Rosas.

Los revisionistas iniciales revalorizaron la actuación de los caudillos del interior y la etapa colonial, para justificar nuestra tradición hispánica, con un acentuado desprecio por lo indígena.

Por los años 40 surge una nueva línea de revisionista que proviene, en gran parte, de la FORJA, fundada en 1935 y a la que se suman después hombres de izquierda que luego adherirán al peronismo²⁷. Si bien esta línea sigue sosteniendo el nacionalismo, no lo hará desde el rescate de una visión de derecha hispánico-católica sino desde un “nacionalismo popular”. Diferirán también en el abordaje del caudillismo y de la figura de Juan Manuel de Rosas. Sobre Jauretche, uno de los fundadores de la corriente, Campione escribe: “*Para el dirigente de FORJA estaba claro que la producción de una política nacional autónoma de «intereses foráneos» no podía hacerse si no se nacionalizaba previamente la visión del pasado argentino, cuya versión oficial era obra de minorías carentes de patriotismo, manipuladas por intereses extranjeros*”. (Ibíd. 71)

Otro representante de esta línea, quien no militó en el grupo FORJA pero estaba ligado a él, fue Scalabrini Ortiz. Su obra se centró en el análisis crítico de la política británica en Argentina denunciando la complicidad de “sus socios locales”. El carácter antibritánico de esta corriente se suma a la fuerte oposición al imperialismo.

Desde el aspecto metodológico no difería del método Rankeano. Las mayores críticas a estos historiadores están puestas en el escaso manejo de las fuentes primarias, en la omisión de los procesos al centrarse en los hechos, los acontecimientos políticos y en la forma de historia-relato propia de los historiadores que los antecedieron. Desde el aspecto ideológico, no variaron el endiosamiento a los héroes sino que propusieron el culto a nuevos héroes. A pesar de esto “*Si un mérito global corresponde al revisionismo histórico es haber puesto las bases para un análisis crítico de la Historia nacional, cuestionando la apologética de la clase dominante local, y su alianza con el capital británico, su cultura y sus valores.*”. (Ibíd. 80)

Esta escuela no estuvo integrada por historiadores profesionales sino que se dio en el marco de la militancia política. Excluidos de la Academia Nacional de la Historia se agruparon en torno al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, que había sido creado en la década del 30 y donde se producía y difundían revistas y libros, se realizaban conferencias y cursos, desde un enfoque “anti – Historia” oficial.

En la década del 50 el revisionismo se ve influido por el movimiento social generado a partir del peronismo. El Instituto J. M. de Rosas se alineó con el peronismo y esto provocó disidencias entre los revisionistas que lo conformaban.

Sin embargo, como afirma Halperín Donghi²⁸ “*El nuevo régimen no iba a recibir el aporte revisionista con efusión; si su triunfo debilitó el influjo de la que los revisionistas llamaban Historia oficial en los centros oficiales de estudios históricos, no se tradujo en la integración de la visión revisada del pasado argentino en la que de la Argentina proponía el nuevo oficialismo*”.

Al vínculo San Martín-Perón explotado por el gobierno, los revisionistas se esforzaron para intercalar la reivindicación de Rosas promoviendo la trilogía San Martín-Rosas-Perón. Sin embargo, sólo después de la caída del peronismo, esta corriente política se alinearán con los

²⁷ Podemos nombrar a Jorge Abelardo Ramos, Eduardo Astesano y Juan José Hernández Arregui.

²⁸ Citado en Campione (2002:86)

reversionistas *“De ese modo, el peronismo, ahora fuera del poder y proscrito, se identificará sin retaceos con el revisionismo, y dará lugar a nuevas inflexiones de éste, algunas impensables en sus comienzos”*. (Ibíd. 88)

En los años '60 –'70 el revisionismo se había tornado más heterogéneo; es el momento en que alcanza mayor difusión y es el que *“formó el sentido común histórico de la mayoría de los argentinos”* durante ese período. Se vendieron en esos años millares de ejemplares de las obras de José M. Rosa, A. Jauretche, R. Scalabrini Ortiz, F. Chávez, A. Ramos, E. L. Duhalde, R. Ortega Peña, etc. Campione concluye que *“Si bien nunca alcanzó hegemonía en el terreno académico, en la educación pública ni en el discurso oficial (salvo en forma parcial en el breve período 1973-1976) durante un tiempo ganó ampliamente la batalla que se planteó a sí mismo, con más recursos y perseverancia: la del espacio de la divulgación y de la polémica en los medios de comunicación, la de la llegada al gran público por los más variados medios y soportes. En esos años, en las filas revisionistas circulaba la idea de que el revisionismo había ganado definitivamente la batalla ideológica, ante la virtual extinción de la historiografía oficial”*. (Ibíd. 73)

Luego de la caída del gobierno de Isabel Perón el revisionismo se oscurece y ya no volverá a cobrar fuerza. Con la recuperación de la democracia y el retorno a los valores constitucionales de 1853, con una política de carácter conciliador, la postura revisionista de enfrentamiento, proclive a “detectar traiciones y conspiraciones” pierde fuerza en su lucha contra la vieja historiografía. El marco político que surge en 1989 lleva a acentuar el ocaso de esta corriente. Con un gobierno peronista que abandona los ideales de un Estado fuerte y que lleva al desmantelamiento de las bases sociales de esa corriente, sumado a un programa económico y social totalmente opuesto a los valores defendidos por los revisionistas les asesta su golpe final.

La nueva Historia o Historia Social.

Esta corriente aporta al estudio de la Historia una renovación teórica y metodológica y a su vez, una mayor profesionalización y rigor creciente.

Con fuerte influencia de la Escuela de Annales, va a tener un incipiente comienzo luego de la Revolución Libertadora en 1955, cuando se ponga al frente del rectorado de la Universidad de Buenos Aires el historiador José Luis Romero. Especialista en Historia medieval, va a presidir, a fines del '50 el Centro de Estudios de Historia Social y la Cátedra de Social en la Facultad de Filosofía y Letras.

Desde allí y en abierta oposición a la Nueva Escuela Histórica *“Se buscaba alcanzar una producción histórica con mayores pretensiones de rigor científico y actualizada de acuerdo a las corrientes historiográficas europeas [...] Las nociones de historia total, larga duración, estructura y coyuntura, la metodología serial, serían incorporadas gradualmente al horizonte mental de estos estudiosos, así como la construcción de un discurso más analítico que narrativo. De allí la preocupación por integrar las dimensiones económicas, sociales y culturales a una historiografía nacional que hasta ese momento se había centrado en lo político (y esto reducido al plano institucional), a través de la idea de «Historia social», que a su vez afirmaba su vinculación con el conjunto de las ciencias sociales, en una época en que aun seguía vigente la tradición erudita de las Humanidades, en la que anclaba la historia tradicional”* (Ibíd. 110)

En esta línea de las Ciencias Sociales los nuevos historiadores trabajan en vinculación con institutos como el Di Tella, el Instituto de Estudios Económicos y Sociales y en estrecha relación con el Instituto de Sociología que dirigía Gino Germani.

Campione va a plantear tres orientaciones “que marcaban los esfuerzos” de este grupo de historiadores:

a) *Su encuadramiento en el avance del conjunto de las ciencias sociales, que en las décadas del 1950 y 1960 aspiran a adquirir plena respetabilidad [...].*

b) *Su objetivo consciente de contribuir a lo que percibían como la modernización definitiva y en todos los planos de la Argentina post-peronista*

c) *Su constitución como corriente en el marco de la «universidad democrática», a cuyo espíritu de «libertad científica» y relativo aislamiento del contexto se vincularon, resistiendo a la vez las tendencias a la radicalización, y las reacciones de signo conservador y antirreformista”. (Ibíd.111)*

Ubicados en un ideal liberal-democrático, considerándose a sí mismos como «neutrales» políticamente y sustentadores de una ideología reformista alejada del marxismo, hay que contextualizarlos en la etapa denominada «desarrollista» y precisar que entre sus objetivos estaba el de contribuir, en todos los planos, a la modernización de la Argentina.

Esta renovación, que viene desde la universidad, verá su final a partir del golpe de estado de 1966 que pone al General Onganía como presidente y, en el marco de su política de «seguridad nacional», intervendrá las universidades provocando la renuncia (y éxodo) de muchos de sus docentes e investigadores. En esta primera camada de historiadores encontramos, además de J. L. Romero, a Tulio Halperín Donghi²⁹, Reyna Pastor, Alberto Pla, Haydeé Gorostegui, Roberto Cortés Conde, Nicolás Sánchez Albornoz, José Chiamonte, Ezequiel Gallo, entre otros.

El período 1966-1973 vio el retorno del academicismo conservador a la universidad, pero en el marco de la radicalización y politización estudiantil no tardaron en establecerse “cátedras nacionales”, como expresiones contestatarias a la dictadura.

En el período de 1973 a 1976 algunos historiadores regresaron al país, pero quedaron en una situación marginal respecto de las corrientes ubicadas a la “izquierda” “*cuando su hábito era disputar con colegas más conservadores*” (Ibíd.: 115).

Esta corriente “renovadora” en materia historiográfica sí logra el predominio a partir de 1984 y en el marco del “retorno a la democracia”. Surge así una nueva generación de historiadores (algunos de la etapa anterior que vuelven del exilio) y logran desplazar a los “*sobrevivientes de la vieja erudición que la última dictadura había vuelto a colocar en las cátedras y en el disfrute de subsidios de investigación*” (Ibíd. 115).

En este nuevo grupo podemos citar a Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Enrique Tandeter, Fernando Devoto, Juan Carlos Korol y José Burucúa.

Esta corriente retoma los planteos de la Historia Social iniciados por José Luis Romero y al frente de la misma se ubica Luis Alberto Romero, hijo de José Luis.

A diferencia del grupo precursor de esta corriente, los cuales si bien planteaban una Historia apolítica no dejaron de ser militantes, “*los historiadores sociales de los `80 no se permitirán compromisos políticos tan radicalizados*”. (Ibíd. 141. N 22) Al respecto Campione dirá: “Se

²⁹ Este autor será quien asumirá la línea directriz a partir de la muerte de José Luis Romero.

empeñan así en un proceso de acentuada profesionalización de la carrera de Historia, con la consiguiente regulación de sus cátedras y plan de estudios (incluyendo el restablecimiento del mecanismo de concursos), y de la tarea de investigador, en búsqueda del establecimiento de criterios compartidos de excelencia profesional. Se busca un restablecimiento de las publicaciones y encuentros científicos, el cultivo de vínculos internacionales con las últimas tendencias de la historiografía mundial, y el restablecimiento de un «cursus honorum» pautado para el avance de los nuevos profesionales, sometidos a su vez a un «control de calidad» estricto por parte de sus superiores, dotados de las herramientas de disciplinamiento que se hicieran necesarias”. (Ibíd. 117)

Las fuertes críticas que Campione realiza a este grupo de historiadores se basan en el encerramiento dentro de los claustros universitarios, frenando el ingreso a aquellos que no acuerdan con esta línea de trabajo historiográfico. Esto muestra, según el autor, que esta corriente tiene por objetivo la formación de cuadros de historiadores sólo para la vida académica. Por otra parte, Campione, acusa a este grupo de centrarse en la producción de artículos y recopilaciones, y de poseer una tendencia “al trabajo breve y de poca elaboración” olvidando las grandes producciones historiográficas³⁰.

Si bien esta corriente continúa con la línea de la Escuela de Annales, también ha incorporado nuevas tendencias provenientes de la historiografía europea como la microhistoria o el estudio de casos, la convivencia cotidiana, la vivienda, las fiestas populares, cuestiones relacionadas con el sexo y el cuerpo, la niñez, la muerte, etc.

“Bajo la capa del abandono de la excesiva «politización» se transita hacia la dedicación a temas y cuestiones soslayados o minusvalorados (a veces injustamente) por la historiografía anterior [...] a riesgo de que la huella de los grandes procesos históricos quede disuelta en un sinnúmero de enfoques «micro» que no se articulan de ninguna manera en dirección a comprender la totalidad, y que las clases sociales, so pretexto de quitarles su «centralidad» en el análisis histórico desaparezcan por completo del análisis mismo. Al mismo tiempo, tiende a predominar un enfoque empirista, que desconfía de toda discusión teórica ya que se las ve ajenas a una historiografía validada por las propias «reglas del oficio», y el consenso de la «comunidad de historiadores» que sería la encargada de dictaminar cual es la «buena Historia». (Ibíd. 125)

Caracterizado por Campione como “grupo hegemónico” en la producción historiográfica, no se deja de advertir que el mismo ha entrado en crisis tal como lo está haciendo la historiografía europea y americana.

Respecto a la relación con la enseñanza, se ha advertido que en la última década esta corriente de “Historia social” aparece en los manuales y textos para el nivel medio de enseñanza. De los cuales son autores algunos historiadores profesionales, así como también profesores del nivel formados en esta corriente historiográfica.

La historiografía marxista

A diferencia de las corrientes antes explicitadas, no hay una institución que sea el referente de la producción marxista. Si bien líderes del Partido Socialista, como Juan B. Justo, Alfredo

³⁰ A modo de ejemplo el autor cita en la página 134 la edición de una *Historia de la vida privada en Argentina, Historia de las Mujeres* (en dos volúmenes, siguiendo el modelo de Duby en Francia) y una serie de biografías de personajes históricos, dirigida por L.A: Romero, que publicó el Fondo de Cultura Económica y la Historia argentina publicada en fascículos por el diario Clarín.

Palacios, Nicolás Repetto ó Américo Ghioldi, escribieron sobre historia argentina la “forma de hacer historia” no se diferenció de la historiografía liberal, y su función era la divulgación doctrinaria. Ligados al Partido Comunista una serie de historiadores trabajó en torno a darle a la Historia una matriz de interpretación marxista. Campione señala a Rodolfo Ghioldi como uno de sus precursores, a Aníbal Ponce y a Héctor P. Agosti como dos intelectuales «reverenciados» dentro del campo comunista; en la década del `40 encontramos a Rodolfo Puiggrós, Alvaro Yunque, Ernesto Giúdice, Juan José Real y Luis Sommi; en los `60, con la presencia de Leonardo Paso, la historiografía comunista se sistematizó y creció en cantidad de publicaciones y actividades de difusión a partir de la fundación del Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano. Para la década del `70 los historiadores comunistas se agrupaban en torno a dos publicaciones: la revista “Pasado y Presente” y la que editaba el P.C., “Cuadernos de Cultura”. Las sucesivas disidencias dentro del partido y la conformación de una «nueva izquierda» produjeron el alejamiento de muchos intelectuales del P.C., lo que devino en la declinación de la producción historiográfica ligada al Partido.

Según Campione esta corriente historiográfica ocupó un lugar marginal en los ámbitos académicos. Las sucesivas “represiones políticas”, la censura y la batalla entre los historiadores liberales y los revisionistas dejaron a esta corriente como un “tercero en discordia” (Ibíd. 149). Y agrega que *“La historiografía marxista no llegó nunca a configurar una escuela articulada en el país, ni aun en las épocas en que se efectuaron más trabajos bajo la advocación de esa línea de pensamiento. Está representada más bien por una serie de autores individuales y con enfoques divergentes entre sí”* (Ibíd.150) Aisladamente los historiadores de izquierda se agruparon y agrupan en torno a algunas publicaciones como “Pasado y presente”, “La rosa blindada”, “Cuadernos de Cultura”, “Taller”, “El Rodaballo Revista de política y cultura” y “Razón y Revolución” o a instituciones o centros de investigación independientes de los ámbitos universitarios.

Dentro de los historiadores con un pensamiento marxista se pueden mencionar, entre otros, a Milcíades Peña, Leonardo Paso, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Ernesto Laclau, Juan Carlos Garavaglia y Carlos Sempat Assadourian.

A los estudios de Historia económica desde una visión marxista se dedicaron los ingenieros Roberto Ortiz, Adolfo Dorfman y Horacio Giberti.

Aunque está ligado al periodismo y la literatura, las obras³¹ de Osvaldo Bayer se corresponden con una «Historia de izquierda».

Rodolfo Puiggrós inicia su producción en la década del `40, algunas de sus obras son: “Historia crítica de los partidos políticos argentinos”, “La época de Mariano Moreno”, “Rosas el pequeño”, “Historia económica del Río de la Plata”, “De la colonia a la independencia”. Campione sostiene que Puiggrós luego de abandonar el Partido Comunista en 1946 *“Representó el entronque del marxismo con una visión nacional-popular que reivindicaba activamente al peronismo, viéndolo como un paso hacia la consumación de una revolución socialista”* (Ibíd. 151).

En la década del `50 empezará su labor Jorge Abelardo Ramos. Su obra “Revolución y contrarrevolución en Argentina” desarrolla la contradicción nación vs. imperialismo. Al igual que otros autores de la época, Ramos indaga sobre la existencia de una «burguesía nacional» que fuera el motor de la revolución nacional contra el imperialismo o de un sector militar que encabezara el proceso de transformación hacia un «nacionalismo criollo». Considerado un

³¹ Entre otras podemos citar “Los vengadores de la Patagonia trágica”, “Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia” o “La masacre de Jacinto Arauz”.

autor polémico, de amplia repercusión en los años `60- `70, para Campione la producción de Ramos carecía de “*una verdadera preocupación por la investigación histórica*” ya que “*el análisis del pasado es en él sólo un instrumento para el objetivo de discusión y adoctrinamiento político, y la propensión por el trabajo con fuentes y el rigor metodológico tienden a cero*”. (Ibíd. 154).

Un reconocido historiador de esta corriente es Milcíades Peña. A diferencia de Puiggrós y Ramos, que abogaban por un «nacionalismo popular», acusaban a la izquierda argentina de no comprender la «problemática nacional» y veían al peronismo como una tendencia revolucionaria hacia el socialismo, Peña, vinculado al trotskismo, mantiene el punto de vista de clase y fundamenta desde allí la revolución socialista. Autodidacta y alejado de los ámbitos académicos “*desarrolla tempranamente la línea de la historia económica y social sin abandonar la historia política, procura avanzar en una historiografía basada en la orientación marxista, con una conceptualización independiente, sin adscribirse ni a la historia oficial ni a su impugnación revisionista; emprende investigación propia, incluso con apoyo de métodos cuantitativos, a pesar de sus condiciones de aislamiento y su carencia de formación académica; mantiene su postura militante, sin por eso visualizar al tratamiento de la historia como un mero «instrumento» al servicio de aquella. También es destacable su búsqueda del cruce de la historia con las disciplinas de las Ciencias Sociales, principalmente la sociología y la economía, encuentro que en nuestro país se hallaba en pañales por aquellos años, no sólo dentro del marxismo*” (Ibíd. 157)

En los años `60 - `70, en el marco de la creciente politización, la Historia afianzó como componente de la lucha política. Historiadores marxistas como Arico, Laclau, Sempat Assadourian ó Garavaglia, formaron parte de los debates respecto de los modos de producción - formación económico social en Latinoamérica, dado que “*La caracterización de las sociedades latinoamericanas se erigía en un tema de debate de indudable repercusión sobre el «el tipo de revolución» que se postulaba para el subcontinente o los distintos países de América Latina*” (Ibíd. 159).

También en las décadas citadas se destaca como miembro de esta corriente a Leonardo Paso “*intelectual del P.C.*” quien se dedicó a la investigación histórica y presidió el “*Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano*”. Dedicado a estudiar variadas etapas históricas, pero sin avanzar sobre el siglo XX, publicó gran cantidad de obras.

Respecto de la historiografía en los ámbitos académicos Campione menciona dos instituciones: el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) y el Programa de Estudios sobre la Sociedad Argentina (PIMSA). El primero surge durante la dictadura de Onganía con la dirección de Miguel Muráis. En ella participan, entre otros, Silvia Sigal, Inés Izaguirre, Eliseo Verón, Darío Cantón, Francisco Delich, Beba Balvé, Roberto Jacoby, Nicolás Iñigo Carrera y Juan Carlos Marín. Su objetivo es “*instalar en la investigación en Ciencias Sociales el cuerpo teórico de Marx*” (Ibíd. 181) combinando la rigurosidad científica con la «pasión militante», basada en una metodología marxista, este grupo “*Desarrolla una historia escrita no ya «sobre» sino «desde» el punto de vista de las clases explotadas, en un trayectoria que se prolonga hasta la actualidad*” (Ibíd. 181). El PIMSA se orienta al estudio de la trayectoria de la clase obrera “*combinan el estudio del movimiento social argentino en décadas pasadas, con el análisis de su trayectoria en el presente y el pasado reciente*” (Ibíd. 182). Componen este grupo Nicolás Iñigo Carrera, María Celia Cotarelo, Roberto Tarditti, Jorge Podestá, Fabián Fernández, entre otros.

Desde los 90 se han conformado nuevos grupos que, excluidos de los ámbitos académicos, se nuclearon en torno a publicaciones. Por ejemplo la revista “Taller” fue generada POR Pablo Pozzi y participan un grupo de historiadores que desarrollan métodos de historia oral para estudiar, básicamente, a la clase obrera y organizaciones populares, sus trabajos siguen la línea de los History Works-shops de los historiadores marxistas británicos, con influencia de la historiografía radical norteamericana.

Otro grupo está formado a partir de la revista “Razón y Revolución” que aparece por primera vez en 1995³².

Respecto de la línea marxista de investigación histórica Campione destacará que *“Los historiadores de izquierda forman parte de un conjunto de esfuerzos signados por cierta dispersión y a veces superposición de actividades, en la que cada pequeño grupo tiene su revista, su centro de estudios, convoca sus propios jornadas, encuentros, organiza cátedras libres. La circulación entre grupos y entidades, y algunos esfuerzos de carácter integrador, tienden a producirse con frecuencia creciente, pero sin constituir todavía un campo identificable, capaz de darse un estrategia, una política articulada que oponer a las que cuentan, en mayor o menor medida, con el visto bueno de los poderes existentes”*(Ibíd. 187).

³² Ligada al grupo de Pozzi, entre sus miembros se encuentra Alberto Pla.

BIBLIOGRAFIA

- AROSTEGUI, JULIO (1995) “La investigación histórica: teoría y método”. Ed. Crítica. Barcelona
- BLOCH, MARC (1978) “Introducción a la historia” F.C.E. México
- BURKE, PETER: (1991) “Formas de hacer historia” Alianza Editorial. Madrid
- CAMPIONE, DANIEL (2002) “Argentina. La escritura de su historia”. Centro Cultural de la Cooperación. Bs. As.
- DARNTON, ROBERT (1998) “La gran matanza de gatos. Y otros episodios en la historia de la cultura francesa” Fondo de cultura Económica. Bs. As.
- EAGLETON, TERRY (1998) “Las ilusiones del posmodernismo”. Paidós. Bs. As.
- FEBVRE, LUCIEN (1974) “Combates por la historia”. Ed. Ariel. Barcelona
- FONTANA, JOSEP. (2001) “La historia de los hombres”. Ed. Crítica. Barcelona
- HOBBSBAWN, ERIC (1998) “Sobre la Historia”. Ed. Crítica. Barcelona
- NOIRIEL, GERARD. (1997) “Sobre la crisis de la Historia”. Ed. Alianza Madrid.
- NORA, PIERRE. (1993) “La Historia de Francia de Laviessse” .En: Pagano N. Y Buchbinder, P. (Comp.) “La historiografía francesa contemporánea”. Ed. Biblos. Bs. As.
- PEREYRA, CARLOS Y VILLORO, LUIS. (1980): “Historia ¿para qué?”. Editorial Siglo XXI. México.
- REVEL, JAQUES (1993) “Historia y Ciencias Sociales: Los Paradigmas de “Annales”. En: Pagano N. Y Buchbinder, P. (Comp.) “La historiografía francesa contemporánea”. Ed. Biblos. Bs. As.
- THOMPSON, EDWARD (1984) “Tradición, revuelta y conciencia de clase” Ed. Crítica. Barcelona.
- VILAR, PIERRE (1982) “Introducción al vocabulario de la análisis histórico”
- WALLERSTEIN, HENRY (1993) “Braudel historiador Homme de la coyuntura”. En. Pagano, N y Buchbinder, P. op. cit.
- WHITE, HAYDEN. (1992) “Metahistoria”. F.C.E. México.